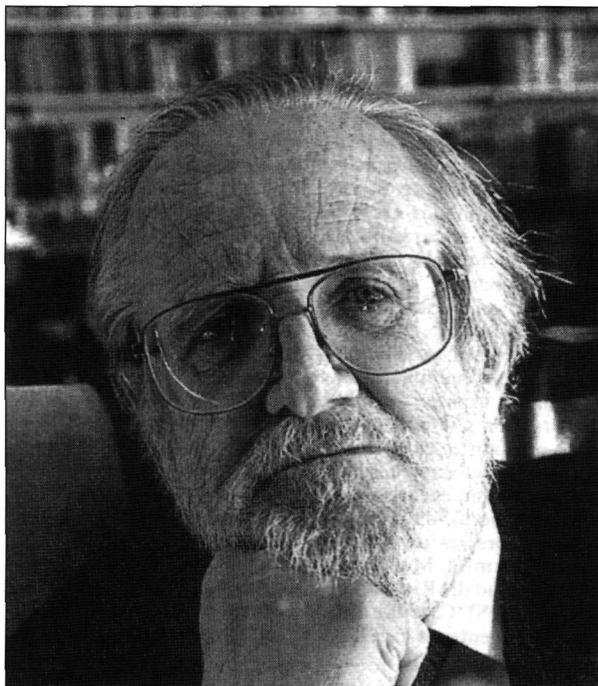


RECORDANDO A JOSÉ DONOSO, EL PROUSTIANO DEL CONO SUR

MARIE-LISE GAZARIAN-GAUTIER

Quisiera empezar este homenaje a José Donoso, el gran escritor chileno, figura intrínseca del Boom latinoamericano, fallecido el 7 de diciembre de 1996 en Santiago, con un estudio de su libro *Cuatro para Delfina*, obra compuesta de cuatro novelas breves. En una de ellas, *El tiempo perdido*, José Donoso se inspira en Marcel Proust, la máxima figura francesa de principios de siglo, y señala las palabras “descifrar” y “clarificar” como esenciales para llegar a una lectura detenida, tanto del gran maestro francés como de su propia obra. Se apodera de una frase de Proust y la usa



José Donoso

como epígrafe en aquella novela, identificándose con ella: “Cualquier cosa que no hayamos descifrado y clarificado mediante nuestro esfuerzo personal, cualquier cosa que haya estado clara antes de nuestra intervención en ella, no es nuestra ni nos pertenece”. En aquella obra, los protagonistas “proustean” por las calles de Santiago, fabricando una Francia soñada que ya no existe, con el fin de escapar del ambiente provinciano en que se encuentran. Desean, con toda su fuerza, “salir de esta isla”.

Vínculos estrechos unen a José Donoso con Marcel Proust. Dos maestros de las letras nacidos en épocas diferentes, en continentes alejados el uno del otro, que se expresan en idiomas distintos, y que, sin embargo, comparten una misma visión del mundo. Provenían de ambientes parecidos —familias de notables médicos de la alta burguesía—, poseían una mente angustiada en busca de respuestas, querían desafiar el tiempo y escapar de las leyes que lo rigen. Ambos acudieron a la escritura para pintar cuadros caricaturescos de una burguesía frustrada y supieron elevar la realidad que los rodeaba a un nivel poético y

misterioso.

Eso explica por qué el último libro de Donoso, *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*, publicado en septiembre de 1996, poco antes de su muerte, tenía que ser una autobiografía novelada de sus antepasados. Fue una forma de volver a sus propias raíces, antes de despedirse de este mundo, y dejar por escrito para sus descendientes, Pilar, Natalia y Clarita, el legado histórico y, a la vez, literario de su tribu. Como me decía otro escritor chileno, Jorge Edwards, en el transcurso de una entrevista: “Creo que la memoria es la gran estructuradora y compositora. Uno recuerda

cosas de interés afectivo, estético o autobiográfico. Proust es todo un monumento a la memoria”. También me contaba María Pilar Serrano de Donoso, su esposa, que dos de las condiciones que él puso a su matrimonio, antes de casarse, fueron que ella aprendiera a conducir y que leyera a Marcel Proust. El escritor francés llegó a formar parte del hogar, como si de verdad estuviera presente. María Pilar tenía un recetario de los platos preferidos de Proust, que preparaba en su casa.

Se fue Donoso de la casa de sus padres cuando tenía veintidós años, precisamente para huir de ese ambiente burgués un tanto asfixiante. Algo parecido a lo que hizo Gauguin, cuando, harto de la vida burguesa, lo dejó todo para irse a Tahití, a dedicarse a la pintura. Donoso admiraba mucho a Gauguin. Da la casualidad que, al llegar a Magallanes, la región más al sur de Chile y la más aislada, se encontró con la obra de Marcel Proust. Con las siguientes palabras me confía ese episodio de su juventud: “Yo quería irme lo más lejos de mi casa y tenía poca plata, lo más lejos me llevó a Magallanes, donde encontré trabajo en una

estancia. Los días en Magallanes son a veces largos. Salía a caballo, llevándome un volumen de las obras de Marcel Proust en el bolsillo, me ponía contra viento, me defendía contra mi yegua, que se llamaba la yegua número 7... Si me preguntaras "qué es lo que más te queda de Magallanes", yo te diría "Marcel Proust".

Leer a Marcel Proust no es asunto fácil, tampoco lo es leer a José Donoso. A veces nos da la impresión, tras varias lecturas de la misma obra, que la estamos descifrando por primera vez. Ése es el caso de *Cuatro para Delfina*, un libro dedicado a la gran actriz chilena Delfina Guzmán. Con un refinamiento parecido al de Proust, su autor se detiene en los pormenores de la vida cotidiana en una búsqueda de identidad propia y nacional. Nos ofrece una crítica sorda, e incluso no tan sorda, de una época reciente en la historia de Chile, donde se siente el peso del pasado sobre el presente, en una sociedad que va poco a poco desintegrándose. Pero esa crítica de la sociedad no se limita únicamente a Chile. Se trata de la recesión mundial que ha dado lugar a una nueva raza de gente, hombres y mujeres hambrientos, los sin hogar, los "homeless", que van por el mundo con sus sacos al hombro o empujando carretillas con todas sus pertenencias, y que duermen al pie de los edificios elegantes, sin mover la conciencia de los ricos. Hablan un lenguaje extraño que es el de la pobreza, del rencor, de la violencia, hasta el odio. Para entender ese idioma, hay que ser marginal como ellos o llegar a identificarse con el dolor y la miseria. Eso es lo que ocurre con Francisco y Blanca, dos de los personajes de *Los habitantes de una ruina inconclusa*, una de las novelas de *Cuatro para Delfina*. Aquellos protagonistas se transforman poco a poco en mendigos, cambiando su ropa burguesa por unos harapos; él, por una vieja chaqueta de pana, sucia y desteñida; ella, por una bufanda gris-plata, prendas que conocieron mejores tiempos.

Cuatro para Delfina puede considerarse como un grito hacia la libertad, un trampolín desde donde se conquistan nuevos espacios en un afán de justicia. Detrás de cada historia se esconde el propósito político-social del autor, su visión sarcástica del mundo en evolución. Muestras acabadas de su narrativa, cada una de las cuatro novelas representa en sí un ambiente opresivo que se relaciona con las demás historias por su arrebató poético y por su ironía mordaz, que se desprenden del conjunto de la obra y que señalan el sinsentido de la vida. En *Sueños de mala muerte*, por ejemplo, Olga Riquelme, la casi propietaria y casi novia, muere en un accidente el día de su boda y la entierran en el mausoleo suntuoso que el novio acaba de heredar. Osvaldo Bermúdez García-Robles, cuya

sola riqueza consistía en ese monumento funeral de sus ilustres antepasados, se queda defraudado, sin esposa, con la llave de un mausoleo donde ya no hay nicho para él (murió al mismo tiempo que su esposa un tío suyo) y, al caminar sin rumbo por la calle, regala esa llave que no le sirve de nada a una adivina que le pide limosna.

La obra de José Donoso, como la de Miguel de Unamuno, refleja el lado trágico de la vida, con una exuberante y fantástica imaginación, parecida a la del pintor holandés El Bosco. Donoso era un gran aficionado de las artes y le gustaba pintar. Conoce la realidad chilena a fondo: la forma de expresarse y de sentir las cosas. Leerlo es como hacer un viaje a Santiago, oír hablar a su gente. Ése es el caso de *Jolie Madame*, una novela que se desarrolla en la playa de Cachagua donde tres amigas aburridas pasan las vacaciones con sus hijos, mientras los esposos se quedan en la capital. Adriana, una de las protagonistas, al verse traicionada por Mario, su marido, tiene una aventura con su sobrino y, bajo el efecto de la marihuana que éste le hace tomar, la realidad y la fantasía se confunden. Al querer escapar de esa realidad a la que no sabe hacer frente, se lanza al mar, cogida de la mano de su niña, precisamente cuando sube la marea, y la pequeña muere ahogada.

A lo largo de *Cuatro para Delfina*, José Donoso se adueña de la realidad, la hace suya por medio del poder de la imaginación y, en ese proceso, la subjetiva, la legítima, la válida y la revitaliza: lo real maravilloso de la novela hispanoamericana donde lo visible e invisible se tocan. Como me contó una vez María Pilar Donoso, al referirse a una pregunta que le hacía su hija, de pequeña: "¿Es algo real o es la realidad de papá?" Cuando comenté con Donoso que, en una entrevista que le hice a Mario Vargas Llosa, hablaba de dos clases de realidad, me contestó: "Me extraña que Mario diga que hay dos realidades. Hay mil realidades, hay cuantas personas miren la realidad, cuantas la vean".

José Donoso se complacía en escribir en clave, lo que obliga a sus lectores a enfrentarse a una serie de símbolos, como lo podemos apreciar en cada una de sus novelas. En *Cuatro para Delfina*, por ejemplo, aprisiona a sus personajes en un tejido de redes o espacios encerrados o sofocantes: pensión/cuarto/casa/mausoleo/nicho; edificio inconcluso/chaqueta/bufanda; Chile/isla/mar/marea alta. Lleva a sus lectores por unos laberintos y los deja encontrar sus propios caminos y rehacer a su lado sus propias novelas. La novela, me comentaba Donoso, en una de las muchas entrevistas que tuve el privilegio de hacerle, es "un laberinto que se va haciendo al entrar en ella. La escritura no es circular,

tiene una forma espiral, es como la serpiente que se come la cola. Yo no escribo una novela para llegar a una verdad. Nunca es un punto de llegada; es un camino sin principio ni fin, "part of the fun is getting there", ¿no? A mi pregunta "¿Te has encontrado a través de los laberintos maravillosos elaborados por ti en tu obra?", su respuesta es sorprendente: "Me he encontrado más en los laberintos de Borges que en los míos".

He intentado lo mejor posible descodificar los símbolos o series de máscaras con que me he encontrado a lo largo de mis repetidas lecturas de *Cuatro para Delfina*, cuatro novelas donde el pasado y el presente cohabitan y se enfrentan y donde la muerte es un tema predominante. Al dar vueltas por los laberintos, tropecé con cuatro llaves que me abrieron camino a esas lecturas: la ironía, la sensibilidad, la imaginación y, por encima de todo, la memoria. Para descifrar esos códigos falta dejar a un lado el sentido común y dar rienda suelta a la fantasía y a la poesía. Como decía José Donoso: "No escribo para lectores tontos, escribo para lectores que sean capaces de entender y que tengan esa sensibilidad despierta".

Muchos lazos me unen a José Donoso y a su mujer María Pilar. A través del tiempo nos hemos encontrado en varias secciones del mundo: en Nueva York, en Carolina del Sur, en Santiago de Chile, donde tomé parte en el homenaje muy merecido que el Ministerio de Educación y la Universidad de Chile le rindieron al cumplir, el 5 de octubre de 1994, los setenta años. Lo he entrevistado para "Contemporary Hispanic Fiction", una serie de programas de televisión sobre escritores españoles e hispanoamericanos, serie copatrocinada por WCBS-TV y St. John's University, la universidad católica más grande de los Estados Unidos donde soy catedrática; para *Interviews with Latin American Writers*, un libro que escribí sobre algunas de las figuras latinoamericanas más destacadas; y para revistas, entre ellas, *AZB, Revista de Cultura Internacional*, publicada en Guadalajara, España. A veces, esas conversaciones con él y también con su mujer se llevaban a cabo en castellano, a veces en inglés, cuando dialogaban conmigo con un acento británico impecable, con algunas palabras intercaladas en francés. Eran tan chilenos y, a la vez, tan internacionales, algo muy típico de los escritores del Boom.

He escrito artículos sobre él, lo he invitado a participar en el simposio "Beyond 1992", organizado por mi universidad y The Americas Society, una institución prestigiosa de Nueva York. Los he visitado en varias ocasiones en su casa de Santiago. Su cumpleaños, como ya lo mencioné, era el 5 de octubre. Da la casualidad que el mío es el 3 del mismo mes. Tenía la

costumbre de llamarlos para esas fechas. Esta vez no lo hice. Yo estaba de viaje; había ido a España a dar una conferencia sobre Gabriela Mistral, la gran mujer chilena, en el Primer Festival de Poesía Internacional de Las Palmas de Gran Canaria. En mi viaje de vuelta de España a Nueva York, sin embargo, me quedé en su compañía y la de toda su familia: había comprado en el aeropuerto de Barajas su último libro, *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*, libro que me cautivó y no me hizo sentir las siete horas de vuelo.

Pepe y María Pilar formaban una pareja muy unida, diría casi mágica. No se hubiera podido concebir a Pepe sin ella, ni a María Pilar sin él. Recuerdo una visita al Metropolitan Museum, en Nueva York, que hice con ellos. Cuando Pepe se perdía, que solía andar como un poeta despistado, María Pilar tenía la costumbre de llamarlo con un silbido cariñoso, como si fuera uno de sus perritos regalones, Clarisa, Titina y Cirilo. Ninguno de los dos hubiera podido sobrevivir al otro. No hay nada sorprendente que ella falleciera al mes siguiente. La llamé a Santiago, poco después de la muerte de Pepe, y me confeso que no podía quedarse en la casa sin él. Pensaba mudarse. Sus últimas palabras quedan grabadas en mi corazón. "No te preocupes", me dijo ella, "en cuanto sepa mi nueva dirección, te la mandaré". Nunca pudo hacerlo. Reposa ahora al lado de su esposo, José Donoso.

Conocí a María Pilar en mayo de 1991. Me había invitado el Embajador de Chile ante las Naciones Unidas, James Holger, a una cena que daba Copacabana en Nueva York para honrar, entre otras personalidades, a José Donoso. Recibía aquella tarde un reconocimiento especial de INTAR (Internacional Arts Relations). María Pilar representaba a su esposo, ausente por una enfermedad que le impedía viajar. Estaba sentada a mi derecha y, durante gran parte de la cena, nos hablaba, al Embajador y a mí, de Pepe, de Pilarcita, su hija, y de su nieta; incluso, nos estuvo enseñando fotos de su familia. Enamorada de las letras y de la pintura desde siempre, fue la primera mujer que, a los dieciocho años, trabajó como reportera en el diario *La Razón*, en Bolivia. Era periodista, traductora, escritora, pero más que todo, vivía entregada a Donoso, el hombre y el escritor: "Pepe es mi compañero, mi prioridad, el padre de mi hija. Yo lo quiero mucho. Ha sido el amor de mi vida. Prima mi admiración y mi reconocimiento. ¡Lo admiro tanto!"

Decidimos volvernos a encontrar unos días más tarde. Yo quería entrevistarla a ella para el número especial que *Review of Contemporary Fiction*, una revista publicada en Normal, Illinois, dedicaba al gran novelista chileno, número que salió en el verano de 1992. Me llamó la atención que en el transcurso de

aquella entrevista el nombre de Pepe resaltara en cada recodo del diálogo. Era como si hubiera estado presente: lo que dio el título de "Diálogo a tres voces" a mi trabajo. Para María Pilar era casi imposible contestar una sola de mis preguntas sin mencionarlo. ¡Tantos recuerdos y vivencias compartidos desde que se casaron en 1961! Me contaba como él la alentaba para que escribiera. Donoso se sentía muy orgulloso del primer libro de su mujer, *Los de entonces*, y la animaba a que siguiera publicando. En ese libro de recuerdos cuenta su juventud en países exóticos, entre ellos, en Egipto, en la corte del rey Faruk, y su participación en la vida social, su pasión por el baile. Su padre, delegado del salitre chileno y consejero comercial, recorrió el mundo con su familia, especialmente el Medio Oriente.

A Pepe también le era necesario enseñarle a ella sus manuscritos y conocer sus reacciones. No sé quién inspiraba más al otro. Parecían ser dos personas indivisibles, participando de los mismos intereses. En los últimos años de su vida, él estaba escribiendo un libro sobre Sir Richard Francis Burton, el explorador británico del siglo diecinueve que llegó hasta Chile; ella, sobre la mujer de Burton, Lady Elizabeth Burton, dos figuras fascinantes del pasado. Esos libros quedaron sin terminar. Como Pepe Donoso lo cuenta, al referirse a su penúltimo libro, *Donde van a morir los elefantes*, esa novela se apoderó de él y le desvió del propósito de escribir sobre el explorador británico: "Las gordas son obsesionantes. Yo estaba en Estados Unidos escribiendo sobre la vida de Sir Richard Burton y, de repente, se me cruzaron las gordas. Dejé a Sir Richard y me quedé con ellas. La gorda de *Donde van a morir los elefantes* fue haciéndose un lugar, fue dándose a conocer".

La entrevista que sigue se hizo en St. John's University, donde había invitado a José Donoso para que hablara con nuestros estudiantes. Fue publicada casi en su totalidad en el número 3 (Noviembre-Diciembre de 1994) de *AZB, Revista de Cultura Internacional*, donde trabajo de corresponsal. Con una sencillez y generosidad increíbles, y con su acostumbrado sentido del humor, se acercó a cada uno de los estudiantes, haciéndoles preguntas sobre su vida, sus campos de interés, sus gustos por la literatura. Conversaba con ellos, con mis colegas y conmigo como si formáramos todos una gran familia alrededor suyo. Con su acostumbrada gentileza, compartía con nosotros sus experiencias como escritor. Algo parecido al taller literario que dirigió en Santiago, tras volver a Chile en 1981, después de años de ausencia. Humilde ante la obra, no sacó a relucir en ningún momento que era Premio Nacional de Literatura de

Chile, Premio de la Crítica en España, Premio Mondello en Italia, Premio Roger Caillois en Francia. En 1995 fue condecorado con la Gran Cruz del Mérito Civil, otorgado por el Consejo de Ministros de España.

Marie-Lise Gazarian:

— *Dime, Pepe, ¿no es difícil escribir dos libros a la vez?*

José Donoso:

— No es cuestión de que esté escribiendo con dos manos. De repente, agarró una novela y, cuando se me acaban totalmente las ideas, entonces la dejo reposando un poco y agarro la otra. Así se van alimentando una a la otra, a veces se van contradiciendo, a veces me van ahogando. Es muy bueno pensar que uno tiene setenta años y todavía puede escribir dos novelas.

— *¿Por qué precisamente dos y no una?*

— Mi proyecto inicial fue una novela sobre el explorador inglés Sir Richard Burton, que estuvo en Chile de pasada durante dos meses en el año 1870. Toda su vida está bien documentada, pero de estos dos meses no se sabe absolutamente nada de él. Voy a inventar lo que le sucedió en Chile en ese tiempo, voy a reconstruir con sus diarios, sus cartas, lo que le sucedió en Chile. No le gustó Chile; dijo: "It's black hole", (es un hoyo negro). Creo que hubo más que eso. Fue un hombre que andaba buscando minas, andaba buscando la extensión del poderío inglés en América del Sur. Fue un espía de la Reina Victoria, "undercover", que había tomado una parte bastante importante en lo que se llegó a llamar "the Great Game" (el gran juego).

— *El otro día, Mario Vargas Llosa hablaba de dos clases de realidades, la que existe de verdad y la visión que el escritor tiene de esa realidad, lo que, según me cuenta tu esposa, tu hija llamaba de pequeña "la realidad de papá". ¿Es posible escribir una novela histórica con la imaginación que te caracteriza?*

— Es difícil ponerle las riendas, es el problema con que me encuentro. Tengo que consultar archivos, tengo que leer una infinidad de libros, tengo que leer la correspondencia del siglo pasado. Estoy haciendo lo que los ingleses llaman "research", que no estoy acostumbrado a hacer, porque normalmente escribo muy espontáneamente. En esta novela sí he tenido que hacerlo y a veces me canso. En esos ratos de cansancio se me ocurrió la otra novela, *Donde van a morir los elefantes*. Antes creía que lo esencial para escribir era ser vitalista, tener muchas experiencias, ahora encuentro que lo fundamental es la fantasía.

— *¿De qué trata la novela Donde van a morir los elefantes?*

— De una muchacha americana obesa, de la cual se enamora un profesor de literatura latinoamericana que viene a hacer un curso. Es una gorda preciosa, atractiva, simpática, inteligente. Es una mujer que tiene muy lindas manos, muy lindos pies, muy linda piel. La gorda es como la abundancia americana, la seducción americana. Hay una cosa de superabundancia en los Estados Unidos, “the surplus” como dicen en inglés, se tirán muchas cosas. Hay una cosa misteriosa en la obesidad. La novela es a la vez trágica y divertida. La escribí con mucha facilidad y con mucho cariño. Estoy muy contento. He escrito una novela jubilosa, entretenida.

— *Toda tu obra refleja un sentido mordaz del humor y creo que lo que acabas de contar es un buen ejemplo de esto.*

— Es tan peligroso tomarse en serio, uno se pone muy viejo muy pronto.

— *Te gusta jugar con el lector y, por supuesto, con el entrevistador, en este caso yo. Hace poco tuve una experiencia extraña, compré tu libro La misteriosa desaparición de la marquesita de Lorla y, al abrirlo, me encontré con El río invisible de Pablo Neruda. ¿Qué te parece ese juego mágico del destino, nacido de una equivocación de la editorial?*

— Siempre he tenido una cosa muy fuerte con Neruda. Antes de conocer a Neruda personalmente, yo iba a sus conferencias; él hablaba de sus experiencias en el sur de Chile, cuando era joven. Fui a pasar un verano a Puerto Saavedra en la casa de unos pescadores, donde escribí mis primeros cuentos bajo el ala de Neruda. También cuando emprendí la escritura de mi novela *Coronación* fui a vivir a Isla Negra, donde tenía casa Pablo Neruda. Una vez a la semana iba a su casa y me hice muy amigo de Neruda y de Matilde, su mujer. *La desesperanza* se relaciona con Matilde y es un recuerdo a Neruda.

— *¿Te acuerdas de tu estancia en Magallanes, en el sur de Chile?*

— Cuando yo era joven, un hombre de veinte años no se iba simplemente de la casa de sus padres como se va ahora a los diecisiete. En ese tiempo, uno se tenía que arrancar de la casa de los padres y creía que estaba haciendo unas cosas heoricas. Salirse del régimen burgués donde nació era muy importante. Me fui a Magallanes (acababa de terminar la segunda guerra mundial) y no había barcos que conectaran con Europa ni con los Estados Unidos. Quería irme lo más lejos posible de mi casa y tenía muy poca plata, y lo más lejos me podía llevar a Magallanes, en un barco de tercera clase. Cuando llegué a Magallanes encontré trabajo en una estancia donde aprendí que las ovejas son animales imbéciles, que no se saben defender. Las ovejas son tan tontas que se caen de espalda y no se

saben poner de pie: entonces llegan los pájaros y, cuando están vivas todavía, les comen los ojos y la lengua. Lo que yo tenía que hacer era matarlas y sacarles el cuero.

— *¿Qué cosa más triste! ¿Llevaste esa experiencia a tu obra?*

— No, para nada. Los días en Magallanes son a veces muy largos y, entonces, llevaba un volumen de las obras de Marcel Proust en el bolsillo. Me ponía contra viento, me defendía detrás de mi yegua, que se llamaba la yegua número 7, y leía. Si me preguntaras “¿qué es lo que más te queda de Magallanes?” te diría que Marcel Proust.

— *Has vivido fuera de Chile durante muchos años para luego volver a tus raíces. ¿Se podría interpretar ese viaje voluntario por el mundo como una búsqueda de tu propia personalidad?*

— Sí, pero buscándome en las cosas que me tocan, en la gente que me toca, en la gente que me he encontrado en todas partes del mundo. Conozco bien el norte de África, conozco Europa entera bastante bien, conozco América, he viajado por los países latinoamericanos. Entonces, hay una inquietud por saber qué es este juego donde estamos metidos, este “Great Game”, de qué se trata.

— *Para ti la vida es entonces un juego y también lo es la escritura.*

— La vida es un juego de lo que uno llamaría Dios, si uno creyera. Pero ciertamente hay unos poderes que nos mueven y el poder, en el caso mío, que más me mueve es la imaginación, es como uno quisiera que fueran las cosas. Me extraña que Mario Vargas Llosa diga que hay solamente dos realidades: hay mil realidades, hay cuantas personas las miren, cuantas personas las vean.

— *¿Es la búsqueda de uno mismo una fuente de creación? ¿Ves la escritura como un espacio mágico donde otras dimensiones se abren? ¿Es tu forma de comunicarte con los demás?*

— Creo que justamente el quehacer del artista es subjetivar la realidad a través del lenguaje. Desde luego hay una validación de lo imaginativo, una legitimación de lo subjetivo, cosa que en la vida cotidiana cuesta mucho legitimar. La muerte, para mí, es esencialmente la falta de lenguaje. Entonces, la palabra es la vida, no más. La escritura es un aprendizaje en que vas descubriendo tus propios métodos, tus obsesiones, tus triunfos. Es un medio de comunicación.

— *¿Sientes temor a la muerte?*

— Más que a la muerte misma, es el miedo de que con ella se vaya a morir la memoria. Y con la memoria se vayan a perder las cosas amadas. Por eso quiero

a través de la escritura recobrar esa memoria, recobrar la historia de todos los cuadros de mi gente.

— *¿Qué representa el castellano para ti? ¿Tienes que acudir a menudo al diccionario?*

— He sido muy fiel en vida en más de un sentido. Desde luego, he sido muy fiel al castellano porque me he educado mucho en universidades americanas. Hablo inglés con una facilidad igual, o casi igual que el castellano. Acudo al diccionario todo el tiempo. Chequeo las palabras, no puedo decir nada que no sea exacto. A veces me sorprende pensando algo en inglés y tengo que buscar su equivalencia en castellano.

— *Y hablas el inglés, además, al estilo británico.*

— Me doy ese lujo. Me he forjado alrededor de la literatura inglesa y de las ideas inglesas. No es que no haya leído a Cervantes, por ejemplo, pero no lo conozco como conozco a Shakespeare, a quien conozco al dedillo. Mi familia es una familia bastante poliglota. Hablamos también bastante francés, mi mujer y yo, y bastante italiano. Tengo un sobrino que habla persa, habla hindú, habla toda clase de idiomas porque le ha tocado vivir en esas partes. Se decía que Sir Richard Burton, uno de los más grandes lingüistas que ha tenido el mundo, hablaba perfectamente bien veintinueve idiomas. Tenía un poder fantástico de absorción del idioma, además con comprensión de los múltiples dialectos y de la literatura. Escribió una de las grandes traducciones de *Las mil y una noches*. Caí en esta admiración por él al leer lo que Borges escribió sobre esta traducción. Borges tiene un capítulo sobre las traducciones de *Las mil y una noches* y habla largamente de Burton. Era un tipo maravilloso. Mi mujer se interesa también por los temas de Burton y está escribiendo un perfil biográfico de la esposa de Burton, Lady Burton.

— *Has vivido en muchas partes del mundo, ¿hay una estancia o un paisaje que te haya marcado más?*

— Supongo, porque en Chile hay tanta montaña y hay tanto mar, que busco un paisaje que no tenga nada que ver ni con el mar ni con la montaña. Me gustó siempre el paisaje de río, los grandes ríos de llanura, esos ríos lentos como el Río de la Plata, por ejemplo, como el Misisipí, esa mano de agua que entra en el vientre de un continente y saca todo. Tiene una vida, tiene todo un movimiento, me encanta.

— *¿Cuáles son algunas de las obsesiones o mitos que pueblan tu mundo?*

— Mejor no hablar de eso porque siempre cuando uno define las cosas, se muere.

— *Me dijiste una vez que entrar en una novela es como entrar en tu propia casa.*

— En primer lugar, no hay que hacerle nunca caso a las cosas que dicen los escritores. No hay que creer-

les nunca. La contradicción es un hábito constante para el escritor. Lo que la novela no es nunca es un punto de llegada. No escribo una novela para llegar a la verdad. La novela es un camino sin principio ni fin, "part of the fun is getting there", ¿no? Tiene una forma de espiral porque va para arriba y para abajo. No quiero que la gente piense que escribir una novela es tener una cosa muy preparada y muy circular. La escritura es como la serpiente que se come la cola.

— *Es como un laberinto...*

— Sí, es un laberinto que voy haciendo al entrar en él. El laberinto no lo hago por fuera, lo hago desde adentro. Es raro que lo mire desde fuera.

— *Entonces ¿nunca puedes salir de la obra y leerla, como si fueras lector?*

— Puedo ser crítico de la obra, pero eso no significa que la experiencia de escribir no sea una experiencia esencialmente solitaria, de ir construyendo

— *y destruyendo cosas.*

— Se usa mucho en crítica literaria la idea de la novela como insecto. ¿Hasta qué punto una lectura de la novela cubre la otra lectura, y hasta qué punto es posible quitar uno esos niveles para comprender el resto, o hasta qué punto hay que tener que tomar todo el insecto completo y estudiarlo?

— *¿Qué piensas de los críticos?*

— Me gusta mucho leer la crítica de otros escritores, cómo los escritores analizan la literatura, que es completamente distinta a cómo la analizan los críticos. Fíjate, se han publicado en los Estados Unidos libros enteros sobre mí. No sólo que no me reconozco, no entiendo lo que están diciendo. Es que el crítico fabrica un lenguaje. Tuve que leerlos varias veces para enterarme.

— *¿Crees que el lector está poniendo algo de su parte al leer una novela?*

— Sí, sí, sí, yo no escribo para lectores tontos, escribo para lectores que sean capaces de entender y que tengan esa sensibilidad despierta.

— *¿Cada novela tiene su propia escritura?*

— Es algo que vas encontrando. A veces, no se ve, a veces, sí. Muestro de pronto la estructura y es muy divertido, como lo he hecho, por ejemplo, en *Casa de campo*. Ha dado mucho tema para los críticos.

— *¿Qué sientes al escribir una novela?*

— Son tan distintas las novelas unas de otras, Marie-Lise; con algunas me caso, con otras me tiro de las mechas. Hay una reacción terriblemente física con la novela. Una vez tuve una experiencia muy curiosa al terminar una novela. Escribí *La desesperanza* muy alegremente, muy contento, muy fácilmente. Entonces, revisé el manuscrito, lo escribí de nuevo dos, tres, cuatro veces, hasta que por fin ya estaba listo

y se lo mandé a mi agente literario en España. Fui a dejar yo mismo al correo el paquete y, cuando llegué a la casa, me dio una especie de vahído y no podía hablar. Se me fue el lenguaje. Había mandado mi lenguaje a mi agente literario y me había quedado sin palabras. Físicamente no pude hablar durante dos o tres días.

— *¿Qué impresionante! ¿Escribes muchas versiones de la misma obra?*

— Puedo ahora agarrar todos los hilos y trenzar una novela. Eso no significa que no me cueste escribir ciertas escenas. Vuelvo sobre el texto diez veces, si hace falta; lo rehago, lo enseño a mi mujer, lo vuelvo a elaborar.

— *¿La disciplina es algo vital para el escritor?*

— Yo escribo todos los días. A veces me quedo toda la noche. Escribo mis novelas y, a la vez, escribo mis diarios de escritor. El periodismo me obligó a terminar cosas, a cumplir con los plazos.

— *¿Tienes una novela favorita entre las tuyas?, ¿o algunos personajes?*

— Alguna que me gusta más o algún trozo que me gusta más o que me gusta menos, pero varía mucho. Ahora, por ejemplo, no me gusta nada *Coronación*.

— *¿No eres fiel a tu obra? ¿No son tus novelas como hijos?*

— Sólo son novelas. Son como hijos de animales. Los animales hacen cachorros y, cuando ya caminan solos, los dejan. Los cachorros forman su propio mundo. Me dicen: “¿cómo puedes soportar que se haga una película con una obra tuya, cómo puedes soportar que se traduzca a otro idioma?” Pero es que cada obra tiene su propia vida, como los cachorros, como los hijos. Uno no puede mantenerlos aquí, hay que soltarlos, para que vayan a hacer su vida propia.

— *¿Qué sientes al ver a una persona a la que no conoces leer un libro tuyo?*

— ¡Es estupendo! Estoy en el metro y, de repente, hay una persona al lado mío leyendo. Es una gran emoción y no puedo decirle “yo soy el autor”. Salió en el *Washington Post*, en la sección “Style”, un artículo dedicado a mi obra con dos fotografías enormes. Cuando entré al metro toda la gente me reconoció. Me encantó.

— *¿Quieres hablar un poco de tus recuerdos del Boom?*

— Fue un momento de una gran amistad, una gran vecindad, un espacio de compartir, el editor Carlos Barral, un agente literario... Me acuerdo que cuando Carlos Fuentes me fue a ver a mi casa en Aragón, le conté cuentos acerca de Luis Buñuel. Dos o tres semanas después, alguien me mandó un recorte del *New York Times*: “Fuentes habla de la familia de Luis Buñuel”. Había tomado todos los cuentos que yo le había contado y los había contado él. Me puse furioso y le escribí una carta. Entonces me contestó diciéndome esto: “No seas tonto, no comprendes que no existe nada que sea ni tuyo ni mío, que todos estamos escribiendo distintas partes de una misma novela latinoamericana de hoy”. Creo que esa frase nació del Boom. La grandeza del Boom se hizo con la idea de que se escribía para todo el ámbito de la lengua castellana.

— *Dime, Pepe, ¿llegaste por fin a encontrarte en los laberintos maravillosos elaborados por ti a través de toda tu obra? ¿Quién es José Donoso?*

— Tal vez no me encuentre en mis propios laberintos. Me he encontrado más en los laberintos y en los espejos de Borges que en los míos. Cuando lo sepa, moriré, supongo.



La autora de esta entrevista en casa de José Donoso, en Santiago de Chile. Aparecen el novelista (de pie), en compañía de su esposa y un amigo.